

Un nuevo modelo del universo

Ouspensky, P.

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Ouspensky, P. (1991). Un nuevo modelo del universo. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 132-139. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51587>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

alto, y en él la naturaleza representó un drama que duró media hora: con dragones gigantescos, dinosaurios y leones que se movían por el cielo —¿cómo se hinchaban las cabezas de los leones y se extendían sus melenas, y cómo se inclinaban y se retorcián los lomos de los dragones!—; y ejércitos de soldados con uniformes blancos y grises y oficiales con entorchados dorados, que marchaban y contramarchaban y se unían en combate y se retiraban otra vez. A medida que proseguía la batalla y la persecución, cambiaban las luces del escenario, y los soldados de blancos uniformes aparecieron de color naranja y los soldados de uniformes grises parecieron ponerse otros purpúreos mientras el telón de fondo era una llama de oro iridiscente. Luego, cuando los técnicos de la naturaleza fueron apagando gradualmente las luces, el púrpura venció y tragó al naranja, y fue siendo un malva y gris más y más profundo, y durante los últimos cinco minutos se presentó un espectáculo de inenarrable tragedia y de sombrío desastre, antes de que se extinguieran del todo las luces. Y no pagué un solo centavo para presenciar el más grandioso espectáculo de toda mi vida.

Tenemos también el silencio de las montañas, y ese silencio es terapéutico: los picachos silenciosos, las rocas silenciosas, los árboles silenciosos, todo en majestuoso silencio. Toda buena montaña es un sanatorio. Uno se siente acurrucado como un niño en su pecho. No creo en la Ciencia Cristiana, pero sí en las propiedades espirituales, curativas de los árboles antiguos y los lugares de montaña, no para sanar una clavícula fracturada o una piel infectada, sino para curar las ambiciones de la carne y las enfermedades del alma; celeptomanía, megalomanía, egocentrismo, halitosis espiritual, titulitis, prestamitis, dirigentitis (el deseo de dirigir a los demás), neurosis de guerra, versofobia, maldad, odio, exhibicionismo social, terquedad en general, y todas las formas de enfermedades morales.

Lin Yutang, *La importancia de vivir*, México,
Edit. Auseba, 1944.

UN NUEVO MODELO DEL UNIVERSO

P. Ouspensky

El hombre vive en la satisfacción de sus apetitos, en temores, en luchas, en vanidad, en distracciones y diversiones, en deportes estúpidos, en juegos de destreza y suerte, en ansias de ganancia, en sensualidad, en el rutinario trabajo diario, en los cuidados y preocupaciones del día y, más que nada en la obediencia y en el placer que la obediencia le proporciona, porque no hay nada que al hombre común le guste más que obedecer; si deja de obedecer a una fuerza inmediatamente empieza a obedecer a otra. Está infinitamente lejano de todo lo que no está directamente en conexión con los intereses y cuidados del día; de todo lo que está ligeramente arriba del nivel material de su vida. Si no cerramos los ojos a todo lo anterior, nos daremos cuenta de que, en el mejor de los casos, no podemos llamarnos nada más que bárbaros civilizados, esto es, bárbaros que poseen un cierto grado de cultura.

La civilización de nuestro tiempo es pálida y anémica; apenas puede mantenerse viva en medio de la obscuridad de una profunda barbarie. Los adelantos técnicos, los mejores medios de comunicación y métodos de producción, los crecientes poderes en la lucha por la naturaleza, quitan a la civilización probablemente más de lo que pueden dar.

La verdadera civilización existe sólo en el esoterismo. Es el círculo interno la verdadera parte civilizada de los humanos: sus miembros son civilizados viviendo entre bárbaros, entre salvajes.

Esto nos hace luz desde otro punto de vista sobre la pregunta que con tanta frecuencia se hace y a la que aludí con anterioridad: ¿Por qué es por lo que los miembros del círculo interno no ayudan al hombre en su vida, por qué no toman partido al lado de la verdad, por qué no defienden lo justo en provecho de los débiles y borran las causas de la violencia y el mal?

Pero si imaginamos un pequeño núcleo de hombres civilizados viviendo en un gran país poblado de tribus salvajes y bárbaras en eterna hostilidad y guerra entre sí, aunque nos imaginemos que estos hombres estén ahí como misioneros y que tengan todo el deseo de llevar la luz a las masas salvajes, vemos que con seguridad no intervienen en la lucha entre las diferentes tribus, ni toman partido en los conflictos que surgen. Supongamos que los esclavos inicien una revuelta en su país; esto no quiere decir que los hombres civilizados deban ayudarlos, porque la intención única de los esclavos es subyugar a sus amos y hacerlos esclavos a su vez. La esclavitud en sus más variadas formas es una de las características del país, y los misioneros no pueden hacer nada a ese respecto. Sólo pueden ofrecer, a aquéllos que lo deseen, que entren a sus escuelas y estudien en ellas para hacerse libres. Para aquéllos que no ingresen en las escuelas las condiciones de su vida no pueden variar.

Esta es una buena descripción de nuestra vida y de sus relaciones con el esoterismo, si es que el esoterismo existe.

Si ahora consideramos la vida de la raza humana como una serie de olas que se levantan y caen, esto nos lleva a la cuestión del origen, del hombre, de la iniciación y origen de las culturas que se levantan y que declinan, del principio y el origen de la raza humana. Como ya se dijo, la que es comúnmente llamada "teoría de la evolución" en relación al hombre, esto es, el darwinismo ingenuo, aparece como poco probable y sin fundamento alguno en la forma en que la actualidad es expuesta. Todavía menos realistas son algunas teorías sociales, esto es, los ensayos de explicar ciertas cualidades y rasgos individuales, por la influencia del medio ambiente o de los imperativos de la sociedad en que vive el hombre.

Si ahora examinamos el aspecto biológico, entonces, en el origen y la variación de las especies aparecen muchas circunstancias, que hasta para la mente científica, son completamente inexplicables por medio del accidente o la adaptación. Estas circunstancias nos inducen a suponer la existencia de un *plan* en el trabajo de lo que nosotros conocemos como Naturaleza. Y tan pronto como suponemos o admitimos la existencia de un *plan* tenemos que admitir la existencia de alguna clase de inteligencia, es decir, la existencia de ciertos seres que trabajen en el plan y vigilen su realización.

Para poder comprender las leyes de la posible evolución o transformación del hombre, es necesario comprender las leyes de la actividad de la Naturaleza y los métodos del Gran Laboratorio que controla toda la vida, y al que la ciencia quiere reemplazar por el "accidente" verificado siempre en la misma dirección.

En ocasiones, para comprender los grandes fenómenos, es necesario encontrar pequeños fenómenos en los que se manifiesten las mismas causas que operan en los más grandes. En ocasiones, para poder comprender la complejidad de los principios básicos de los grandes fenómenos, es necesario comprender lo complejo de los que parecen pequeños e insignificantes.

Hay muchos fenómenos de la Naturaleza que nunca han sido analizados en forma completa y que, presentados erróneamente, han servido de base para varias teorías e

hipótesis falsas. Al mismo tiempo, estos mismos fenómenos cuando se ven en la forma debida, y son debidamente comprendidos, explican mucho de los principios y métodos de la actividad de la Naturaleza.

Como una ilustración de las afirmaciones anteriores tomaremos el fenómeno llamado mimetismo y, en general, el del parecido y semejanza en los mundos vegetal y animal. De acuerdo con las más recientes definiciones científicas, la palabra "mimetismo" se refiere sólo al fenómeno de la imitación de unas formas vivientes por otras; además, ciertas finalidades utilitarias y ciertas limitaciones se le atribuyen. En otras palabras, sólo fenómenos de cierta clase y carácter definidos se refieren al mimetismo, como distintos de la más extensa clase de "parecido protector".

En realidad, los dos fenómenos pertenecen al mismo orden y es imposible separarlos. Aún más, el término "parecido *protector*" es completamente anticientífico, porque presupone una explicación "a priori" del fenómeno del parecido o semejanza, que en realidad permanece completamente inexplicado y contiene muchos aspectos que contradicen la definición de *protector*.

En vista de lo anterior, la palabra "mimetismo" se toma, en adelante, en todo su significado, esto es, en el sentido de *cualquier* imitación o copia de una forma viviente o de las condiciones del medio ambiente por otra forma viviente.

El fenómeno del mimetismo se manifiesta más claramente que en ningún caso en el mundo de los insectos.

Ciertos países son especialmente ricos en insectos que muestran en su estructura o colorido las diferentes condiciones de su medio ambiente, de las plantas en las que viven, o de otros insectos. Hay insectos-hojas, insectos-ramas, insectos-piedras, insectos-mohos e insectos-estrellas (luciérnagas). Hasta un somero estudio general de estos insectos revela un mundo entero de milagros. Mariposas cuyas alas plegadas representan una larga hoja seca, con sus bordes dentados, sus manchas simétricas, su nervadura y diseño intrincado, fijada a un árbol o flotando en el aire; escarabajos que se asemejan al musgo gris; maravillosos insectos, cuyos cuerpos son copias exactas de pequeñas ramas verdes, a veces con una ancha hoja en el extremo. Estos últimos insectos se encuentran, por ejemplo, en las costas caucásicas del Mar Negro. En Ceylán hay un gran insecto verde que vive en cierta clase de arbustos y que copia la forma exacta, el color y las dimensiones de las hojas de esta planta (*Phyllium siccifolium*).

A una distancia como de un metro es completamente imposible distinguir al insecto entre las hojas verdaderas. Las hojas son casi de forma redonda, de tres o cuatro centímetros de diámetro, con un extremo puntiagudo bastante grueso, con nervadura y bordes dentados, y con un pedúnculo rojo abajo. Y exactamente la misma nervadura y borde dentado se reproduce en la parte exterior del insecto. Abajo, donde principia el pedúnculo de la hoja verdadera, hay un pequeño cuerpo rojo con patas delgadas y una cabeza con antenas, que es completamente invisible desde arriba. La "hoja" lo cubre y lo protege de miradas curiosas.

El mimetismo fue explicado "científicamente" durante mucho tiempo como el resultado de la supervivencia del más apto, que posee mejores medios de protección. Así, por ejemplo, se decía: uno de los insectos pudo haber nacido "accidentalmente" de color verde. Gracias a este color verde, pudo esconderse entre las hojas verdes, pudo eludir mejor a sus enemigos y tener mejores oportunidades de dejar descendencia. En esta descendencia los especímenes de color verde sobrevivieron más fácilmente y tuvieron mayor oportunidad de continuar su especie. Gradualmente, después de miles de generaciones, resultó un insecto completamente de color verde. Uno de estos

insectos fue “accidentalmente” más plano que los otros, y gracias a esto pudo confundirse más entre las hojas; pudo esconderse mejor de sus enemigos y tener mayor oportunidad de dejar descendencia. Gradualmente, otra vez después de miles de generaciones, resultó una variedad verde y *plana*. Uno de éstos insectos verdes de la variedad plana se pareció por su forma a una hoja; gracias a esto pudo esconderse mejor entre las hojas, tuvo mayor oportunidad de dejar descendencia, y así sucesivamente.

Esta teoría se repitió tantas veces en distintas formas por los científicos que llegó a aceptarse casi universalmente, aun cuando en realidad es, por supuesto, la más ingenua de las explicaciones.

Si se examina un insecto que se parezca a una hoja verde, o una mariposa cuyas alas plegadas se asemejan a una hoja marchita, o un insecto que imite una ramita verde con una hoja, se ve en cada uno de ellos no un rasgo que los hace semejantes a una planta, no dos o tres de estos rasgos, sino miles de rasgos, cada uno de los cuales, de acuerdo con la vieja teoría “científica”, deben haberse formado *separadamente*, independientemente de otros, porque es completamente imposible suponer que un insecto repentinamente “accidentalmente”, se hizo semejante a una hoja verde en todos sus detalles. El “accidente” puede admitirse en una dirección, pero es completamente imposible admitirlo en mil direcciones al mismo tiempo. Debemos suponer, bien que todos los detalles, hasta el más mínimo, se formaron independientemente uno de otro, o que cierta especie de “plan” existía. La ciencia no pudo aceptar un “plan”. El “plan” no es en absoluto una idea científica. Quedó solamente el “accidente”. En este caso, cada vena en el dorso de un insecto, cada pata verde, el cuello rojo, la cabeza verde con las antenas, todo esto, hasta el detalle más mínimo, hasta el rasgo más insignificante, debió haberse formado independientemente de todos los demás rasgos. De manera que para la formación de un insecto de forma exactamente igual a la de una hoja de la planta en que vive, habrían sido necesarios no uno, sino miles, quizá decenas de miles de accidentes repetidos.

Quienes inventaron las explicaciones “científicas” del mimetismo no tomaron en consideración la imposibilidad matemática de esta clase de series de combinaciones y repeticiones “accidentales”.

Si investigamos la cantidad de trabajo intencional y, hasta cierto grado, consciente, que se requiere para transformar un trozo de hierro en una navaja común y corriente, nunca pensamos que tal navaja se puede formar “accidentalmente”.

Sería una idea completamente anticientífica esperar encontrar una navaja con la marca Sheffield o Solingen que se hubiera formado espontáneamente. Pero la teoría del mimetismo espera mucho más. Sobre la base de esta teoría u otra similar, uno esperaría encontrar en algún estrato rocoso una máquina de escribir que se hubiera formado naturalmente y que estuviera lista para ser empleada.

La imposibilidad de accidentes combinados es precisamente lo que por largo tiempo no tomó en consideración el pensamiento “científico”.

Cuando una característica hace a un animal invisible en su ambiente, en la forma en que una liebre blanca se hace invisible en la nieve o una rana verde entre el pasto, estirando un poco podría explicarse “científicamente”. Pero cuando el número de estas características es casi incalculable, tal explicación pierde toda posibilidad lógica.

Además de lo que se ha asentado, el insecto-hoja tiene otra característica que llama la atención. Si se encuentra a uno de estos insectos muertos se ve que parece una hoja marchita y semi-estrujada.

Surge esta pregunta: ¿por qué un insecto vivo se parece a una hoja viva y un insecto muerto se parece a una hoja muerta? Una cosa no se explica con la otra. A pesar del

parecido exterior, la estructura histológica de uno y otra debe ser completamente diferente. En esta forma, el parecido del insecto muerto con la hoja muerta es también un rasgo que debe haberse formado completamente separada e independientemente. ¿Cómo lo ha explicado la ciencia?

¿Qué ha podido decir la ciencia? Que al principio un insecto muerto se pareció ligeramente a una hoja marchita. Que debido a esto tuvo una mayor oportunidad de ocultarse de sus enemigos, de procrear, etc. La ciencia no podía decir más porque ésta es una deducción necesaria del principio de las semejanzas o parecidos protectores o utilitarios.

La ciencia moderna no puede seguir estas líneas del todo, y todavía conserva la terminología darwiniana y post-darwiniana de "protección", de "amigos" y "enemigos", no puede ya considerar el fenómeno de la semejanza y mimetismo sólo desde el punto de vista utilitario.

Muchos hechos extraños se han establecido; por ejemplo, se conocen muchos casos en los que un cambio de coloración y forma hace a un insecto *más* llamativo, lo expone a *mayor* peligro, lo hace más atractivo y más excitante *para sus enemigos*.

El principio del utilitarismo tuvo que ser abandonado, y en los trabajos científicos modernos se encuentra uno ahora con explicaciones difusas y sin sentido de que el fenómeno del mimetismo debe su origen a la "influencia del medio ambiente actuando del mismo modo en diferentes especies" o una "respuesta fisiológica a experiencias mentales constantes, tales como la sensación de color".

Es claro que ésta tampoco es ninguna explicación.

Para poder comprender el fenómeno del mimetismo y la semejanza en general en los mundos vegetal y animal, es necesario tomar un punto de vista mucho más amplio, y sólo entonces será posible tener buen éxito para encontrar su principio fundamental.

El pensamiento científico, debido a sus limitaciones, no puede ser este principio.

Este principio es la tendencia general de la Naturaleza hacia lo decorativo, "lo teatral", la tendencia a ser o a aparecer diferente de lo que en realidad es en un momento y lugar dados.

La Naturaleza trata siempre de adornarse y *de no ser ella misma*. Esta es la ley fundamental de su vida. Siempre se está vistiendo, todo el tiempo está cambiando sus disfraces, todo el tiempo mirándose en el espejo, admirándose por todas partes, y otra vez vistiéndose y desvistándose.

Sus acciones a menudo nos parecen accidentales y sin finalidad, porque nosotros tratamos siempre de atribuirle algún significado utilitario. En realidad, sin embargo, nada puede estar más lejos de las intenciones de la Naturaleza como trabajar "utilitariamente". La utilidad se logra sólo por accidente, sólo casualmente. Lo que puede ser considerado como permanente e intencional es la tendencia hacia lo decorativo, el disfrazamiento interminable, la eterna mascarada en la que la Naturaleza vive.

En realidad, todos estos pequeños insectos de los que hemos hablado están vestidos y disfrazados, todos usan máscaras y vestidos de fantasía. Su vida entera pasa en la escena. La tendencia de su vida es no ser ello, sino parecerse a otra cosa, a una hoja verde, a un musgo, a una piedra brillante.

Al mismo tiempo uno puede imitar solamente lo que ve. Aún el hombre es incapaz de diseñar o inventar nuevas formas. Un insecto o un animal se ve forzado a pedir las prestadas de su ambiente, a imitar algo en las condiciones en las que vive. Un pavo real se viste con redondas manchas de sol como las que caen a la tierra de los rayos que pasan a través del follaje. Una cebra se cubre con sombras de las ramas de los árboles.

Un pez que vive en aguas cenagosas reproduce el color de la arena. El mismo pez viviendo en un fondo legamoso imita la coloración del limo. Un insecto que vive en un arbusto especial de Ceylán se disfraza como una hoja de este arbusto. No puede disfrazarse de ninguna otra cosa. Se siente una tendencia a lo decorativo y teatral, una tendencia a vestir extrañas vestiduras y a lo carnavalesco, estará forzado a imitar las hojas verdes entre las que vive. Estas hojas son todo lo que conoce y ve, y no puede inventar nada más. Está rodeado de hojas verdes, y se disfraza de hoja verde, pretende ser una hoja verde, juega el papel de hoja verde. En esto sólo podemos ver una cosa, una tendencia a no ser lo que se es, a aparecer como algo que no se es.

Por supuesto que es un milagro, y un milagro que tiene no un enigma, sino muchos.

Antes que nada ¿quién o qué se disfraza, quién o qué trata de ser o de aparecer como algo que no es?

Está claro que no son los insectos o los animales individualmente. Un insecto en lo individual es sólo un disfraz.

Hay alguien o algo detrás de esto.

En el fenómeno de lo decorativo, en las formas y el colorido de las criaturas vivientes, en el fenómeno del mimetismo, aún en lo "protector", se puede ver un plan definido, una intención y un objetivo, y con frecuencia este plan no es de ningún modo utilitario. Por el contrario, el disfraz a menudo tiene mucho de peligroso, de innecesario y de inoportuno.

¿Qué puede ser entonces?

Es *la moda*, ¡la moda en la Naturaleza!

Ahora, ¿qué es "la moda" en el mundo humano? ¿Quién la crea, quién la gobierna, cuáles son sus principios básicos y dónde se encuentra el secreto de su imperativo? Contiene un elemento de decoración, aunque esto con frecuencia se comprende erróneamente; un elemento de protección, un elemento de enfatización de los caracteres secundarios; un elemento de no querer aparecer o no querer ser lo que se es, y también un elemento de imitación de lo que más subyuga a la imaginación.

¿Por qué fue que en el siglo XIX, con la iniciación de la era del maquinismo, los europeos cultos, con sus sombreros de copa, sus pantalones negros y sus levitas oscuras, se transformaron en chimeneas estilizadas?

¿Qué fue aquello? ¿"Parecido protector"?

El mimetismo es una manifestación de esta misma "moda" en el mundo animal. Toda imitación, toda copia, toda simulación es "moda". Las ranas que son verdes entre lo verde, amarillas en la arena, casi negras entre la tierra oscura, esto no es meramente "protección". Podemos descubrir aquí la huella de un elemento de lo que "debe hacerse", de lo que es respetable, de lo que todo el mundo hace. En la arena una rana verde llamaría mucho la atención, se destacaría mucho, sería un "borrón". Evidentemente, por alguna razón esto no es permitido, se considera contrario al buen gusto de la Naturaleza.

El fenómeno del mimetismo establece dos principios para comprender el trabajo de la Naturaleza: el principio de la existencia de un plan en todo lo que la Naturaleza hace, y el principio de la ausencia de un simple utilitarismo en este plan.

Esto nos lleva a la cuestión de los métodos, a la cuestión de cómo se hace. Y esta cuestión a su vez nos conduce a otra: ¿cómo se hace, no sólo esto, sino todo en general?

El pensamiento científico se encuentra obligado a admitir la posibilidad de extraños "saltos" en la formación de nuevos tipos biológicos. La quieta y equilibrada teoría del origen de las especies de los buenos tiempos pasados fue abandonada desde hace mucho tiempo, y no hay ahora posibilidad de defenderla. Los "saltos" son evidentes

y derrumban toda la teoría. De acuerdo con las teorías biológicas que se hicieron “clásicas” en la segunda mitad del siglo XIX, los rasgos o caracteres adquiridos se hacían permanentes sólo después de repeticiones *accidentales* en muchas generaciones. De hecho, sin embargo, nuevos caracteres son muy frecuentemente transmitidos de pronto y *en un grado muy intenso*. Este solo hecho destruye todo el sistema antiguo y nos obliga a presumir la existencia de alguna clase de poder que dirija la apariencia y el establecimiento de nuevos caracteres.

Desde este punto de vista es posible suponer que lo que llamamos reino vegetal y animal son el resultado de un complicado trabajo realizado por un Gran Laboratorio. Viendo los mundos vegetal y animal podemos pensar que en algún inmenso e incomprensible laboratorio de la Naturaleza se producen, una tras otra, series de experimentos. El resultado de cada experimento es puesto por separado en un tubo de ensayo, se sella y se rotula, y así entra a nuestro mundo. Lo vemos y decimos “mosca”. Al siguiente experimento, al siguiente tubo decimos “abeja”; al siguiente “serpiente”, “elefante”, “caballo”, y así sucesivamente. Todos estos son experimentos del Gran Laboratorio. Al final de todos llega el más difícil y complicado de los experimentos, “el hombre”.

En un principio no vemos ni orden ni finalidad en estos experimentos. Y algunos de ellos, como los insectos dañinos y las serpientes venenosas, aparecen ante nosotros como una broma pesada de la Naturaleza a expensas del hombre.

Pero poco a poco empezamos a ver un sistema y una dirección definida en el trabajo del Gran Laboratorio. Empezamos a entender que el Laboratorio experimenta *sola-mente* con el hombre. La tarea del Laboratorio es crear una “forma” evolutiva por sí misma, esto es, con la condición de ayuda y apoyo, pero con sus propias fuerzas. Esta forma auto-evolutiva es el hombre.

Todos los demás experimentos son, o experimentos preliminares para producir material para formas más complicadas, o experimentos para producir propiedades o partes definidas de la maquinaria, o experimentos fracasados, o restos de producción o material usado.

El resultado de todo este complicado trabajo fue la primera humanidad: *Adán y Eva*.

Pero el Laboratorio principió su trabajo mucho antes de la aparición del hombre. Una gran cantidad de formas fue creada, cada una de ellas para perfeccionar una característica u otra, un mecanismo u otro. Y cada una de estas formas, para poder vivir, incluía en sí y expresaba alguna de las leyes cósmicas fundamentales, apareciendo como su símbolo o jeroglífico. Debido a esto, las formas creadas no desaparecieron después de haber cumplido su objeto, sino que continuaron viviendo mientras duraron las condiciones favorables o mientras no fueron destruidas por formas similares pero más perfeccionadas. Los “experimentos”, por decirlo así, escaparon del Laboratorio y empezaron a vivir por sí mismos. Más tarde, la teoría de la evolución se inventó en obsequio suyo. La Naturaleza, por supuesto, no tomó en cuenta ninguna evolución para estos “experimentos” que escaparon. En ocasiones, al crear estas formas experimentales, la Naturaleza empleó material que había sido ya utilizado en el hombre, que no sirvió para éste y que no era susceptible de transformarse en él.

En esta forma *todo* el trabajo del Gran Laboratorio tenía una finalidad: la creación del *Hombre*. De los primeros experimentos y del material desechado fueron formados los animales.

Los animales, que de acuerdo con Darwin son nuestros “ancestros”, son en realidad no nuestros ancestros, sino más bien “descendientes”, al igual que nosotros, de lejanas razas *humanas* extinguidas. Nosotros somos sus descendientes, y los animales son

también sus descendientes. En nosotros se encuentran cualidades suyas de una clase y en los animales cualidades de otra. Los animales son nuestros primos. La diferencia que existe entre nosotros y los animales es que nosotros, bien o mal, nos adaptamos a las condiciones variables, o cuando menos, tenemos la facultad de la adaptabilidad. Los animales, sin embargo, se han detenido en una característica, en una propiedad que expresan, y no van más lejos. Si las condiciones cambian, los animales mueren, son incapaces de adaptarse. En ellos se encuentran propiedades que no pueden cambiar. Los animales son la personificación de las características humanas que no tuvieron lugar en el hombre.

Este es el motivo por el cual los animales parecen ser caricaturas del hombre.

Todo el mundo animal es una continua caricatura de la vida humana. Hay mucho en el hombre que tiene que ser desechado antes de poder ser considerado como verdadero hombre. Y las gentes se muestran temerosas de éstos porque no saben qué es lo que les quede. Quizá algo quedará, pero muy poco. ¿Y habrá quien tenga el valor de hacer el experimento? Quizá algunos se atrevan, ¿pero dónde están?

Las propiedades que tarde o temprano están destinadas al jardín zoológico todavía gobiernan nuestra vida, y las gentes tienen miedo de perderlas aún en el pensamiento porque sienten que si las pierden nada quedará. Y lo peor del caso es que, en la mayoría de los casos, esto es completamente cierto.

P. Ouspensky, *Un nuevo modelo del universo*,
Buenos Aires, Kier, 1985.

EL GUARDADOR DE REBAÑOS

Fernando Pessoa

Hay suficiente metafísica en no pensar en nada.

¿Qué pienso yo del mundo?

¿Qué sé yo lo que pienso del mundo!

Si me pusiese enfermo, lo pensaría.

¿Qué idea tengo yo de las cosas?

¿Qué opino de las causas y los efectos?

¿Qué he meditado sobre Dios y el alma

y sobre la creación del Mundo?

No lo sé. Para mí, pensar en ello es cerrar los ojos

y no pensar. Es correr las cortinas

de mi ventana (pero no tiene cortinas).

¿El misterio de las cosas? ¿Qué sé yo lo que es el misterio?

El único misterio es que haya quien piense en el misterio.

Quien está al sol y cierra los ojos

empieza a no saber lo que es el sol

y a pensar muchas cosas calurosas.

Pero abre los ojos y ve el sol